“Después, esperando el regreso, jugaba entre sus labios una vieja canción:

“Van cantando por la sierra,
Con dulce melancolía;
Son los cantos de mi tierra
Cuando va muriendo el día...”

“Al poco tiempo, Ché Mixtu y Brígida cruzaban el río cogidos de la mano. Y un domingo, en la enramada de la casa de ñora Chión—mamá de Brígida—celebrábase el baile del casorio. Como de costumbre, se bailaron todos los sones, sin faltar “La Sandunga” y el “Mediu-Shíga”. Ya cuando el mezcal estaba volviendo locura la alegría, se empezaron a romper los trastos, para significar el cambio de estado de la mujer.

“En la madrugada del siguiente día, la “gente grande”, que esperaba en las puertas del tálamo

para recibir en la mascada blanca la manifestación de la virginidad gozada, impaciente por la tardanza sospechosa, entró por la violencia, encontrando desnudo el cadáver de Brígida y con la cabeza cercenada a machetazos.

“Nunca se supo con certeza sobre el fin de Ché Mixtu. Pero se dice que se arrojó al río y fue su cadáver hasta el mar. Y que algunas veces, de noche, se le ve parado por el barrio de Lieza, esperando el paso de Brígida para reprocharle su perfidia. O acaso para contemplar, como en tardes felices, el ritmo de sus pies desnudos que parecían no tocar la arena.

“Y antes de que canten los primeros gallos—dicen también las gentes—la sombra se pierde en el chamizo de la playa, que como inmensa sábana blanca, cada seis meses se tiende entre los brazos del río para secarse al sol...”

INFLUENCIA DE LA RADIOFONIA EN LA EDUCACION MUSICAL DEL PUEBLO

La Sociedad Filarmónica de México, creada bajo el patrocinio de la Universidad Nacional, ha organizado un breve ciclo de conferencias-conciertos sobre la radiodifusión. El primero de los conferencistas, ha sido el eminente compositor y pedagogo JOSE ROLON, quien en las siguientes líneas expone valientemente y dentro de los límites de la mayor ponderación, su criterio sobre la cuestión del radio.

Señoras y señores:

HE sido honrado por la Sociedad Filarmónica de México, al confiarme una de las conferencias del ciclo que ha organizado, con el fin de estudiar los diversos aspectos de la radiofonía en sus relaciones con el arte musical, y buscar las causas por las cuales ese invento, quizá el más maravilloso del siglo, provisto de todos los menesteres indispensables para suponer que, por su índole misma, estaba destinado a abrir nuevas perspectivas al arte, hasta convertirse en factor decisivo en el desarrollo de la cultura musical de los pueblos, aquí en México, paradójicamente, tal invento se ha vuelto la mayor rémora y peligro del progreso de esa misma cultura.

Consecuentemente con ese propósito, voy a aprovechar esta oportunidad que, amablemente, me proporciona la mencionada Sociedad Filarmónica de México, para hablar con claridad y precisión acerca de tan trascendental materia, porque de no hacerlo con toda la ruda franqueza que el caso re-

P o r

J O S E R O L O N

clama, traicionaría mis principios artísticos y mi criterio estético, forjados en el crisol de una rigurosa y continuada disciplina; y vulneraría, además, el perfecto derecho que, como músico profesional, me asiste para denunciar las perversiones inauditas a que, en el terreno musical, han llegado las estaciones radiodifusoras comerciales de esta capital.

Mas, mis ataques no serán la consecuencia de una mira egoísta o interesada, pues mis actividades profesionales están, totalmente, al margen de ese importante sector musical, lo que me pone al abrigo de cualquiera suspicacia. Mi actitud, pues, sólo es el reflejo de un buen deseo mío: cooperar, en la medida de mis posibilidades, en la ardua empresa que se ha echado a costas la referida sociedad.

Dividiré mi plática. Primero trataré de cómo se desarrolla actualmente en México una labor cuya trascendencia, en contra de la cultura musical y artística del pueblo, no sólo no ha sido aún aquilataada en todo su alcance por la sociedad, en general, pero ni siquiera por las mismas autoridades encargadas de velar por nuestro adelanto cultural; en seguida, me permitiré hacer algunas sugerencias encaminadas a corregir, en lo posible, las pro-

fundas lacras que, tanto los músicos profesionales como la gente culta y de buen sentido lamentamos, y, por último, haré una síntesis de cómo orientan sus actividades algunos de los países más civilizados del mundo, en pro de la educación musical a través de tan admirable aparato.

* * *

El maquinismo, aplicado a la música, ha venido a plantear una serie de problemas de índole artística y social, tan hondos y tan complejos, que, con toda justicia preocupan y apasionan a la actual generación de músicos profesionales nuestros y de todo el mundo occidental. Uno de ellos, quizá el principal por afectarles más directamente en sus intereses económicos, es la radiofonía, que en algunos países, como el nuestro, se ha convertido en una de las más importantes fuentes de ingresos. El problema, visto en su conjunto, es de tal magnitud, que ha ocupado la atención de eminentes musicólogos y críticos, quienes, en el último Congreso de Música y de Crítica, efectuado en Florencia, lo estudiaron y discutieron con la seriedad y la acuciosidad que correspondía a su indiscutible importancia.

Entre nosotros tal problema reviste dos aspectos diversos: el artístico y el económico. El primero, o sea el cultural, hay que decirlo sin ambages ni eufemismos, ha sido terriblemente lesionado, gracias a la falta de escrúpulos de los gerentes y directores de las diversas estaciones radiodifusoras de México, cuyo desmesurado apego al lucro y a la explotación, determinó, desde un principio, que enfocaran la política de sus actividades futuras hacia una sola y única perspectiva: el negocio. ¿Cómo lograr pingües utilidades en el menor tiempo posible? Halagando al vulgo, que es la mayoría, factor indispensable para satisfacer las exigencias de propaganda del comerciante, quien, con el aporte de su anuncio, sería el cimiento seguro de su prosperidad por venir, sin importarles un bledo que su labor fuese o no demoleadora de la cultura del pueblo, o contraria a los valores estéticos con que debe nutrirsele.

El segundo aspecto, estrechamente unido al anterior, es decir, el económico, amenazado de muerte, a causa de la enorme oferta de elementos de todas clases: músicos en agraz; aficionados, no en la honesta acepción del vocablo, sino tomado en su peor significado; cancioneros mistificadores, en fin, toda una legión de aspirantes que viene a aumentar, día por día, hora por hora, el personal de cada una de nuestras flamantes difusoras. ¿Qué acontece, lógicamente, con todo esto? Que tal pléthora de "productores" de música comercial, provistos, si acaso, de conocimientos musicales rudimentarios, cuando no carentes por completo de ellos; de instrumentistas y cantantes aún en em-

brión, con técnicas sin ninguna madurez, provoca como consecuencia segura, dos hechos indefectibles: el descenso de la calidad artística y, en la misma medida, el de la remuneración del trabajo, hasta convertirse en una real explotación. Ésta es la causa por la que México, sin temor de equivocación, ocupa, actualmente, entre los países civilizados, la retaguardia en este aspecto de la vida espiritual; esta es, también, la determinante de la justa repulsa de la gente culta de todo el país, la que, afortunadamente, no es escasa, y de que se abstengan de tener aparatos que carezcan de onda corta, pues demasiado saben qué clase de música y qué clase de intérpretes se exponen a oír, de ordinario. Claro, así como no hay regla invariable, también en el caso presente pueden señalarse honrosas excepciones, excepciones que, debido al pésimo ordenamiento de los programas, desgraciadamente se pierden en aquel fango de ordinarietà y de fealdad.

Un eminente pensador nuestro ha definido la cultura en estos términos: "cultura es el pulimento de la inteligencia cada vez más audaz".

Tal apotegma aplicado en el caso particular y concreto de la música, podría darnos esta equivalencia: cultura musical es el pulimento de la sensibilidad cada vez más afinada. Veamos ahora, cuál es la aportación de nuestras difusoras en el refinamiento de la sensibilidad del pueblo, y qué es lo que la nación les debe como auxiliar poderoso en el desbroce del gusto musical de nuestras masas. Mis loas van especialmente dirigidas a aquellas transmisoras que, por su potencialidad económica, han impuesto su criterio a las débiles y pequeñas, arrastrándolas, como es natural, a seguir su misma política de programas y de personal, base del envidiable adelanto musical en que nuestro pueblo se encuentra hoy. He aquí el panorama "cultural" que nos ofrecen día y noche, hora por hora, minuto por minuto, las principales difusoras comerciales de México, panorama que nos pondrá en aptitud de medir el grado de reconocimiento que les debemos por sus inapreciables servicios pro cultura nacional: "tangos", "boleros", "colombianas", "foxes", "blues", etc., etc., material, todo éste, de extracción foránea, pero admirablemente desvirtuadas tanto en su esencia como en su carácter, al tomar carta de ciudadanía, cuando, con toda atingencia por medio de ciertos ribetes, dizque mexicanistas, se ha pretendido incorporarlas en nuestro acervo nacional; canciones ominosas, tanto por las "ideas" musicales como por las literarias, pero, en cambio, detestablemente prosodiadas. No ha faltado quien, últimamente, haya lanzado sus dardos a cierta estación tachándola de contribuir al aletargamiento del espíritu del pueblo con esa música que califica de estupe-

faciente. Pero ¡qué va! Los estupefacientes y quienes los propagan están dentro de las sanciones del Código Penal, y esta magnífica producción de arte debe ser algo, por el contrario, muy benéfica para la elevación del gusto musical de las masas, ya que es acogida y tiene lugar de honor hasta en alguna de las radiofusoras oficiales.

Mas, no es eso todo. Una nueva modalidad en música, al parecer de tendencia hedonística, ha hecho su aparición en nuestro horizonte musical, tendencia reveladora de un gusto artístico depurado. Hace pocos días, al pasar frente a un comercio de céntrica calle, un aparato que estaba dentro reproducía con una fuerza desesperante, una transmisión a 890 kilociclos, según me informaron en dicho comercio, pues la curiosidad, producida por lo que estaba escuchando, me indujo a penetrar allí a inquirir de dónde provenía tal difusión. Se trataba de un ingeniosísimo "arreglo" que comenzaba con los primeros compases del Bolero de Ravel, y después de exponerse por entero la primera frase, continuaba durante algunos compases el característico acompañamiento rítmico, y entonces, en lugar de repetirse el tema del Bolero, dicho acompañamiento pasaba a servir, de lo mismo ¿a qué creen ustedes, señoras y señores? Pues nada menos que a la Paloma, de Iradier.

¿No es esto el mejor comprobante del "ingenio" a que han llegado nuestros "compositores" de las difusoras de "radio"?

Pero lo más grave de todo radica en esto: Si lo que acabo de denunciar se circunscribiera al perímetro que abarca esta capital y sus alrededores, la cosa sería siempre desastrosa; pero en los grandes conglomerados existen, siquiera, criterios e influencias diversas que tienden a contrarrestarse; no así en los humildes poblados y en las lejanas serranías, donde los gustos y las tendencias de la metrópoli, con su prestigio y su comprensible fascinación, se imponen con facilidad y definitivamente. Por lo mismo, es inconcuso que la influencia de esa producción rastrera, a que he hecho mención, enviada por nuestras poderosas radio-difusoras, tiene forzosamente que invadir hasta el más remoto confín de nuestro país, en detrimento de nuestra verdadera música popular, la genuinamente mexicana: la campesina, la de las lejanas aldeas, en fin, la de las montañas; aquella flor perfumada, verdadero paradigma de nuestra raza, que antes de la aparición de la "radio", conservaba toda su frescura, toda su lozanía y pureza y que comienza a desvirtuarse y a perder sus esenciales características, degenerando en un estilo híbrido y chabacano, lo que constituye un positivo crimen de lesa cultura y de lesa patriotismo. No sin justicia, dice Gustave Le Bon: "Destruir la influencia del pasado en el alma de un pueblo,

tuvo siempre por resultado invariable llevarlo a la barbarie", y la música popular, dotada como quizá ninguna otra de las manifestaciones del espíritu de los pueblos, de potencia anímica y sensible imponderable, es la sola capacitada para traducir las hondas aspiraciones, las esperanzas, los sentires, las rebeldías de esos mismos pueblos; y tal vez no exista un punto de referencia más sólido para establecer la identidad, la idiosincrasia y la relación de una estirpe a través de los años, que la música popular; por eso, repetimos, es criminal destruir o desnaturalizar ese certificado viviente de nuestro linaje romántico, sentimental y bravío. Y, de seguir las cosas como van, no es necesario ser profeta para prever que el aniquilamiento total de ese documento étnico será un hecho consumado en el término de diez años, porque la propaganda radiofónica es de tal manera efectiva en todos los órdenes, en razón misma de su poderoso flúido burlador de límites y de fronteras, que lo mismo continuará mandando el veneno embotador de la sensibilidad del sencillo campesino, torciendo su instinto y su inspiración prístina y sana hasta matarlos por completo, que llevará, como hasta hoy ha llevado, allende los mares y las cordilleras, el mensaje, eficaz por excelencia, de nuestra incultura y de nuestro atraso inconcebible.

He aquí, señoras y señores, a grandes razgos, el balance de la contribución de nuestras difusoras en pro de la degeneración de nuestra música y de la perversión del sentimiento estético del pueblo. Por razón de ser ajeno a los propósitos de esta plática, no he querido incluir los múltiples cargos que pueden hacerse, también a los "speakers" en varios órdenes, y sólo mencionaré su buen aporte a la desorientación del público en el terreno musical, porque ¡cuántas falsas reputaciones han volado a través de los aires forjadas por su inconsciencia! Músicos "líricos", ayunos de los rudimentos más esenciales de la música, convertidos, de la noche a la mañana, en verdaderas eminencias. Asunto baladí, a la simple vista, que tiene, sin embargo, una gran importancia en la formación del criterio de la masa.

¿Cómo corregir tantos vicios? ¿Por dónde comenzar? Debemos convenir en que el asunto es más escabroso de lo que se piensa. De tal manera profundas son las raigambres de los intereses creados que giran en torno de tal cuestión, que se antoja ser ésta una verdadera "empresa de romanos". Pero, como según afirma el proloquio, no hay peor lucha que la que no se hace, voy a permitirme hacer algunas sugerencias que ojalá puedan aportar alguna luz en la solución del problema a que este ciclo de conferencias está dedicado.

Abordaré cada aspecto por separado, comenzan-

do por el artístico, para lo cual me apoyaré en la opinión de algunos críticos especialistas que concuerdan con mi modo de pensar.

Tres medios percibo de ataque: Primero. La directa intervención del Estado, llevando a cabo una reglamentación adecuada a armonizar los intereses sociales y del Arte con los de las empresas, tal como acontece en Inglaterra y en Polonia. Es oportuno señalar cómo esa reglamentación estuvo a punto de llevarse a cabo por el licenciado Basols, cuando fue Ministro de Educación Pública, de acuerdo con un proyecto muy amplio y bien meditado del licenciado Agustín Yáñez, Jefe entonces del Departamento de Radiodifusión de la propia Secretaría. Desgraciadamente no llegó a madurarse tal proyecto, debido a la salida del Ministerio de ambos profesionistas.

Segundo. La formación de una "Sociedad Amiga de la Radio", como existen en varios países, en la Rusia Soviética, entre otras, con el fin de que las cuotas impuestas, naturalmente moderadas, sirvieran para sostener una o dos horas diarias de música selecta, en alguna de las principales estaciones, por supuesto sin anuncios, como se acostumbra en Londres, y destinadas exclusivamente a los socios, quienes se encargarían de hacer la propaganda para el aumento de los mismos. Para que se tenga una idea del auge que ha tomado la "Sociedad de Amigos de la Radio" en la U. R. S. S., baste decir que sólo en Moscú, según afirma Miguel Druskin, pertenecen a la sección local de dicha sociedad, nada menos que 300,000 personas. Algo por el estilo podría intentarse aquí. Naturalmente sería indispensable un director artístico competente para seleccionar, tanto el personal como la escrupulosa elaboración de los programas, tan esencial en una obra educativa. En esto están acordes todos los que se interesan en el mundo por la buena marcha en la educación artística de las masas por medio de la radio. André Coeuroy, uno de los mejores musicógrafos de Europa, quien se ha especializado en la música mecánica, opina que la gran complejidad de los problemas que, con relación a la cultura del público acarrea la "radio", sólo puede resolverse con gran precaución, porque de otro modo se corre el riesgo de falsear tan potente instrumento de educación del pueblo, y piensa que desde el punto de vista interno, el verdadero esfuerzo de los organizadores debe recaer sobre una política de programas racionales que tengan unidad y que no den la impresión de estar confeccionados de prisa y sin cuidado. Y agrega que las emisiones más anodinas de música ligera, por ejemplo, deben estar sometidas a un cuidado riguroso que evite la mezcolanza de nombres y de categorías, no yuxtaponer trozos sin ningún valor junto a otros de grandes músicos, cuyos nombres

pierden con la vecindad, y los otros ganan, en detrimento del juicio público. Si fuera factible la formación de esa sociedad, podría también explotarse otro aspecto que, para algunos críticos, tiene gran interés educativo: que los programas de cierta altura, conferencias, etc., fuesen verificadas en salas donde tenga acceso la gente, "porque eso, dice Aloys Mosser, da al acto una vida mucho mayor que cuando se verifica en la soledad del camerino, sin más testigos que el micrófono". Las grandes emisoras europeas tienden, cada vez más, a esta modalidad; y

Tercero. Punto muy importante, en mi concepto, la intervención de la crítica musical nuestra, intervención permanente y constante en todas las actividades de índole radiofónica. La crítica musical en México ha tomado arraigo y comienza a pesar en la opinión, por lo cual, en esta campaña, podría ser un poderoso auxiliar. El mismo Aloys Mosser cree que la intervención de los críticos es importante, porque, dice: "de otro modo las empresas encargadas de las emisoras tienden a realizar el menor trabajo o el más cómodo, mientras que la crítica las hostiga manteniéndolas vigilantes. Basta, continúa diciendo este crítico, con seguir atentamente la mayor parte de las emisoras europeas, para convencerse de la necesidad que existe de ejercer sobre las emisoras radiofónicas un control apretado y permanente que produciría resultados felices en la calidad y elevación de programas.

"En ciertas naciones la dirección de la "radio" está en manos de músicos y críticos de notoria responsabilidad, que desarrollan un gran esfuerzo para que la difusión tenga un nivel cultural elevado y para que la T. S. H. pueda cumplir la misión educadora, que constituye una de sus misiones esenciales, sin perjuicio de conceder a la muchedumbre que solicita recreo la parte que le corresponde".

Por lo que respecta al problema económico de los músicos, con relación a la "radio", sólo lo trataré de paso y someramente, porque sus facetas son tan numerosas e interesantes, que darían pábulos a varias conferencias, por lo que sólo lo abordaré en su aspecto básico.

En mi concepto, el problema es pedagógico-social. Una de las causas determinantes de la baja de salarios, en cualquier sector, es el descenso del rendimiento proporcional. En el caso concreto de nuestros músicos de profesión, el motivo de su escasez de trabajo y de la exigua retribución del mismo, radica, como ya antes lo hemos dicho, en la exagerada oferta de elementos aficionados y de músicos-alumnos que han hecho descender la calidad y, con ella, naturalmente, la de los emolumentos; pues los gerentes y los directores de las diversas difusoras saben muy bien que el factor

calidad es letra muerta en sus habituales radio-escuchas, y, claro, prefieren lo que menos cueste y lo que más engorde sus bolsillos. Ahora bien, por lo que respecta a la eliminación de aficionados que usurpan el trabajo a quienes tienen más derecho a él, es cuestión de organización sindical que defienda sus intereses y sus derechos; en cuanto a lo que se relaciona con los músicos-estudiantes, es de orden pedagógico. Que nuestros principales planteles de enseñanza musical, en vez de acelerar la marcha natural de los estudios correspondientes a una carrera, creando con ello en los alumnos el "arribismo", o sea la febril impaciencia por ganar cuanto antes dinero, sea implantada una severa y rigurosa disciplina en los programas de estudios, que será, de seguro, benéfica para el real porvenir de los futuros profesionistas, pues con ello se creará en los mismos una mayor conciencia de responsabilidad, que se traduciría en una sensible elevación de su nivel artístico. Todo esto traería, además, como consecuencia natural, el ascenso de las tarifas, destruyendo así, poco a poco, la desventajosa competencia y la explotación canallezca que priva en la actualidad.

* * *

En seguida me voy a permitir consignar algunos datos interesantes que he recabado, con relación al amplísimo lugar que algunas naciones dan a la cultura musical por medio de la radiodifusión.

Comenzaré por los Estados Unidos, que dan una enorme aportación a la música selecta transmitida por la "radio".

En un estudio que se ha hecho últimamente, a ese respecto, se da a conocer que de las transmisiones de la Columbia, el 80% estuvo dedicado a conciertos, y no menos del 40% a la música selecta. Sólo en New York las selecciones ejecutadas en 29 conciertos, con un total de 58 horas de transmisión, estuvieron a cargo de la Orquesta Sinfónica de New York con Toscanini a la cabeza, la cual, a su vez, colaboró en el arreglo de programas especiales para niños. La Orquesta de Filadelfia tomó parte en 14 transmisiones, que ocuparon los micrófonos durante un total de 20 horas. El Instituto Curtis, también de Filadelfia, ejecutó 22 conciertos, que sumaron 21 horas. La Orquesta Sinfónica de la Columbia dirigida por Howard Barlow, transmitió durante el año pasado 136 conciertos. La misma compañía transmitió, también, pequeños conciertos ejecutados por pequeños grupos de artistas, que sumaron un total de 53. Entre los principales artistas que tomaron parte como directores de orquesta, y como solistas, figuraron: Toscanini, Stokowski, Elman, Hoffmann, Heifetz, Ernest Hutchinson, Compinski, Nini Martini y Sylvia Sapiro.

Rusia fue otro de los países que más contribu-

yó en las difusiones de música selecta. En la U. R. S. S. en todas las labores de la "radio", la música desempeña un papel importantísimo, no sólo como mero medio de ilustración, sino como un poderoso factor para crear en los radio-escuchas un estado de ánimo propicio para recibir impresiones. Del hecho que sólo Moscú lleva a cabo mensualmente 700 transmisiones con números de música selecta, podemos deducir cuán grande es la cantidad de música que permanentemente se transmite en toda la Rusia Soviética. Pero hay algo más; si las obras musicales intercaladas en las transmisiones que hemos descrito antes, fuesen transmitidas solamente como números de concierto, tendrían una influencia mucho menor sobre las masas de los radio-escuchas, los cuales tienen poca comprensión para éstos, y por esto exigen siempre por lo menos, explicaciones referentes a los números transmitidos, en los conciertos especiales. Así se llegó a ver la necesidad de formar los programas de música, partiendo siempre de un punto de vista de una idea fundamental. Además, hay cursos pedagógicos especiales por radio, que tienen por objeto despertar la comprensión y el amor de los radio-escuchas por la música. Para asegurar la perfecta unidad temática, y la constante buena calidad, todos los artistas que participan en las transmisiones tienen contratos permanentes y se consideran como empleados públicos. La estación transmisora de Moscú posee aun su propia Compañía de Opera, que además de cantar en la "radio", da funciones públicas. Por otra parte, todos los grandes artistas extranjeros, huéspedes de la capital rusa, participan en muchos de sus conciertos.

Otro tanto puede decirse de Londres, París, Berlín, Bruselas, Roma, Buenos Aires, etc., cuyos datos, a pesar de ser muy interesantes, me abstengo de transcribir por temor de extenderme demasiado.

Por todo lo que analicé primeramente, y lo que acabo de referir, puede apreciarse el lamentable estado de atraso y de incultura en que, en tal sentido, nos encontramos. Ciertamente que todo esto obedece a una causa social fundamental que nadie de nosotros desconocemos, pues como dice un eminente musicógrafo contemporáneo: "si el tono descende es porque también baja el de la sociedad donde la función se ejerce." Pero, de cualquier manera, esa circunstancia no absuelve en lo más mínimo a la generalidad de nuestras empresas, del pecado capital de haber tergiversado la función educativa de la radiofonía, y de haber mal empleado su fuerza cultural incontestable, por razones, solamente, de especulación a ultranza, en detrimento del Arte y de la cultura musical **nuestra**.